

Santiago Rizarna

De la muerte y de sus aledaños se me columpia esta especie de meditación a que se me invita para este año desde esta revista OARSO. Memoria de muerte próxima y no tan próxima sin llegar a ser remota. Suficiente espacio entre las dos, sin embargo, para su doble aguijón en dos tiempos distintos y para calibrar también qué puede quedar de cada uno de nosotros después de que, irremediabilmente, fuimos a caer en el fondo de los recuerdos que, por mucho que nos lo parezca en tantas ocasiones, no es, ni mucho menos, un fondo sin fondo, entendámoslo.

Llorar ante la muerte no es, ni en nuestra propia mismidad, postura digna. Como tampoco lo es, contra lo que se acostumbra hacerse, celebrar el nacimiento. Pero los actos de los hombres están llenos de indignidades, cuando no de iniquidades. Bien mirados los ambos percances del morir y del nacer, más lacrimoso resultaría ser lo segundo que lo primero de no mediar ese extraño impulso de supervivencia eviterna, esa resistencia y repulsión a dejar de vivir, es decir, a ser nada, que nunca he entendido por qué florece en tan amplio porcentaje en el interior de los hombres. Ni la muerte siquiera es tan abominable como la nada en un censo general por curioso que parezca y la sinrazón humana de no querer aceptar una "ley de vida" como la muerte definitiva tiene que ver más con la desaparición que con la mutación, fenómeno este último que tiene su comienzo cuando la mítica guadaña siega nuestras vidas, cuya prosecución más allá de lo razonable y de lo normativo se quiere propugnar desde el asiento de casi todas las religiones, nacidas, sin duda, de los espacios medrosos o amedrentados de la mente humana. Entre la esperanza de una resurrección *sine die* que hasta son capaces de imaginar los creyentes y la congoja del momento en que la muerte ha hecho su aparición y ha llenado todo el ámbito de luto, surgió el coro de plañideras que sustancia en imagen real ese desespero del alma que no pudo metabolizar el rudo golpe con que percute en los más el trago de la nada. Como "el objeto de nuestra carrera" y "el fin necesario de nuestras miras", define a esta muerte que nos espera mi admirado Montaigne, aunque está convencido, ciertamente, de que no hay felicidad alguna en la vida si no se sabe apartar de nuestra obsesión la imagen de la muerte, para lo que recaba hasta el auxilio de Horacio que, en una de sus Odas, asegura que, al obseso funerario, "*ni los platos de Sicilia podrán despertar su paladar; ni los cánticos de las aves ni de la lira podrán devolverle el sueño*".



Y es con la mención de Sicilia con la que traspaso el tapiz que separa a la muerte de la vida porque con ella se me abre, en gran parte, uno de los dos recuerdos a los que la revista este año nos invita. Con Antontxu Sainz, amigo que siempre me deparó su más exquisita y cordial atención, como siempre le vi dispensar a todos, tuve la fortuna de visitar esa isla, en un viaje conjunto que hicimos a Messina, a propósito, como no podía ser menos, de una especie de embajada cultural, llevando a cuestas, como viejos comediantes de la legua, una obra del *Iénix* Lope, *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, obra a la que el director quiso adornarle con un cierto toque de música coral, y ¿quién mejor que Antontxu para formar parte de ese grupo? Estoy hablando, en efecto, de un simple viaje a Sicilia, de hace ya muchos años, cuando algo como la juventud circulaba por nuestras arterias y los paisajes del mundo no nos habían llegado a ser todavía los parámos en



que luego llegan a convertirse, por mor de la edad, hasta los mismos edenes.

No es ese lugar, evidentemente, el alfa y omega de mi relación con este exquisito caballero renteriano, hombre afinado en sutilezas de trato humano quintaesenciado, pero en todo viaje pueden producirse y se producen, casi sin posible escape, dos sentimientos contradictorios, pues tengo para mí que no hay mejor banco de prueba para la empatía que ese encierro continuado en el interior de un autobús, lugar en donde, al mismo tiempo que se expansionan los aromas de una grata convivencia con acompañamiento de los humores intelectuales y saberes culturales, también flotan otras especies de miasmas y posos humanos, que bien asegura el sentir sartriano que *"el infierno son los otros"*, y nunca mejor traído el matiz infernal cuando sobre las bacas del vehículo lanceaba sin compasión el hórrido y tórrido sol del *férragosto*. Tengo para mí que el éxito de aquel viaje le debe mucho a la correcta regularidad de conducta de Antontxu que siempre supo poner en su debido lugar tanto su gran sentido del humor como del tacto humano como la deferencia al prójimo a pesar de que muchos kilómetros de agobio y molestias en el interior de un autobús pueden hacer odiar, con riesgo de pensamientos homicidas, la nuca del compañero del asiento delantero. Creo, verdaderamente, que con la compañía de Antontxu en el autobús todo se desarrolló mucho mejor a pesar de que

no faltaron chispazos de fricción que, sin embargo, quedaron abortados. De este viaje es fácil recordar la presencia casi continua de Antontxu de igual manera que la dilución absoluta de otras personas en los ámbitos del tiempo, señal inequívoca de su predominante acción como de la inane de otros mientras paseábamos por grandes ciudades o deteníamos el paso para admirar en viejos museos de nombres prestigiados los miles de trabajos maravillosos con que el arte los fue colmando. Fue un viaje calidoscópico, travesía de la península italiana de norte a sur en toda su belleza bien sea desde los arabescos que en la suma pobreza de las tierras sabe aflorar la naturaleza o fascinación ante el increíble esfuerzo humano que sabe extraer el arte desde la imaginación y del buen gusto. Una noche, en la vieja Salerno, donde la medicina europea celebró su nacimiento, se me ocurrió pensar algo como una historia surrealista o una de esas bellas fantasmagorías a lo Dino Buzzati en donde lo horrible y lo angustioso se confunden kafkianamente con toques poéticos de una sensibilidad extrema viendo cómo de las alcantarillas surgían unos indefinibles insectos que bien pudieran ser o camellos o elefantes a tanta desproporción nos conducía su desmesurada apariencia. Quedará, mientras dure mi recuerdo que ya se despeña también hacia los llanos monótonos y los eriales en donde toda emoción fenece, esa compañía de Antontxu que ahora me place recordar como uno de los más intensos tiem-

pos vividos junto a él y con un intercambio de impresiones que perfuman mi memoria... Quede pues, este recuerdo neto, al margen de otras aproximaciones culturales que con él tuve, y también de la dilecta amistad que siempre con él mantuve y sostuve a través de nuestros esporádicos encuentros y charlas que recaían, siempre, en sustanciales cuestiones de aficiones que compartíamos o sobre simples acontecimientos actuales... ¡En paz, descanse!

En cuanto a Arteche, no puedo por menos de escuchar, terebrante, ese tremendo silencio que sobre él se ha abatido. Creo saber las causas de esa injusticia solemne y se callan junto a ella un montón de notas culturales, de interrogaciones heteróclitas, de preocupaciones y esfuerzos que vivió y

transmitió a lo largo de su vida. En el cuidado amoroso de su hijo Iñaki descansan un abundante manojo de artículos que él escribiera transido de fe como siempre escribía, que bien pudieran ser como el diario de su frenética actividad en los temas varios en los que buceaba incansablemente, temas que se distinguían siempre, por el recto juicio con que los trataba y por su enfoque humanista y cristiano. No hace mucho, cuestión de unos cuantos meses, y con ocasión de un libro que nos contaba menuda y sencillamente su vida, escribí un artículo en donde glosaba su figura y le sintetizaba en dos frases muy suyas. Para terminar con este recuerdo suyo que en estas líneas presento, a los veinticinco años dicen de aquella su primera colaboración en OARSO, transcribo ese artículo:

ARTECHE EN DOS FRASES

Aquella Guipúzcoa que Arteche cantó ya no existe y bien que lo sentimos los veteranos. Me parece que era, es fácil que me equivoque, una Guipúzcoa más amable, más ingenua, infinitamente menos agresiva y heridora que la actual. Una Guipúzcoa que invitaba a visitarla en sus pueblos, en sus gentes. Hay muchos libros de Arteche en los que se refleja, como en un espejo neto, esa Guipúzcoa, la Guipúzcoa de "Mi viaje diario", de "La paz de mi lámpara", de "¡Portar bien!"... de "Camino y horizonte"..., hasta la misma Guipúzcoa de "Mi Guipúzcoa", aunque éste sea un libro de mirada retrospectiva y que recoge una Guipúzcoa en flash back, una Guipúzcoa del ayer histórico, del pretérito en evocación. Murieron esas guipúzcoas de Arteche, suponemos que por ley de vida, y milagrosamente, como tantas veces ocurre, es ahora cuando más relucen sus oros, cuando sus paisajes se nos muestran en vergeles y paraísos, cuando sus gentes, en sencillez desbordada, adquieren corporeidad encantadora. Y eso, a pesar del jansenismo habitual que Arteche detectó como nadie y hasta profundizó en sus raíces al escribir la biografía de Saint-Cyran, uno de los mejores libros que salieron de su pluma. Toda esta evocación resulta ser, un poco, como si hubiéramos erigido una maqueta en la región de nuestros sueños, esos que, por siempre, pase lo que pase, permanecerán invulnerables.

Me dejaba mecer en estas melancólicas reflexiones y regresiones, ese día de la semana pasada en el que, de nuevo, desde la sombra del ayer, fue Arteche convocado a una gozoso reunión, sobre todo de veteranos, en torno a un libro que sobre él se ha escrito. Su austero semblante, en donde se conciliaban la seriedad y el rigor con una punta de comprensivas bondades, presidía la sala, y, de pronto, ante esta memoria resucitada, el hombre mismo se hizo presente. Estaba su consejo de maestro en su cuarto de trabajo, ante el cuaderno escrito en horas de inquietud comunicadora, penetrada toda su persona de aquel hondo sentido de responsabilidad escritural. Era un hombre que creía que el escribir servía para algo, que siempre todas las cosas servían para algo, un hombre anclado en bahías de positivismo y de esperanzas, poco conveniente compañía, si se quiere, para escépticos como yo, negadores hasta de evidencias gratificantes. El cuaderno, escrito a mano naturalmente, presentaba una impresionante colección de tachaduras. Entonces se oyó su voz pronunciando un consejo que nunca seguí: "El arte de escribir es el arte de tachar".

Otro consejo suyo, que éste sí seguí, porque ya de antes lo venía practicando, fue el que recomendaba la soledad como compañía: "Hay que andar solos", frase que, si bien se mira, encierra todo un compendio de saberes y de sabores, saber psicológico acentuado en independencias de criterio; en compromisos que él, como ardido creyente, establecía con Dios y su propia conciencia ante el deber de escribir, deber nunca enajenable, deber con el que se cargó voluntaria y conscientemente, reglas de conducta emanadas de ese compromiso y de esa responsabilidad de escribir que era capaz de sentir como pocos y que trataba de transmitir cada vez que con él se topaba, pero frase también que en ningún momento era en su boca insolidaria, egoísta, sino todo lo contrario.

De aquellos hombres que hemos ido conociendo, de algunos nos queda su perfil, su talante, su elegancia, sus maneras, sus arrebatos, etc. De otros, como en el caso de Arteche, a mí me queda, aparte de toda su amplia obra a la que de vez en cuando retorno en relectura para mejor aproximarme a mi juventud, esas dos frases que aquí he glosado y que sintetizan a la perfección, creo yo, su esencia y realidad humana. ✍